

PANEGÍRICO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1895).

Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Deus
Sabaoth.Santo, santo, santo es el Señor Dios de los
ejércitos.

Is. 6, 3.

1. Señor de los ejércitos se llama Dios en mil pasajes de las sagradas Letras, ora sea para intimar á reyes y pueblos sus mandatos por la voz de sus Profetas¹, ora para darse á conocer por su nombre. *Señor de los ejércitos me llamo*, dijo por Isaías²; y Jeremías dice: *Su nombre es el Señor de los ejércitos*³. Y no de otro modo llámanle en el gran templo de la gloria los serafines al entonar el eterno Trisagio en su alabanza: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos*⁴. ¿Será, hermanos míos, para significarnos el poderío y la fuerza de Aquél que manda á la victoria, y ante quien todos los ejércitos que hacen temblar la tierra no son más que un puñado de polvo que dispersa el viento? Algo más que todo eso paréceme que debe significar un nombre y atributo de que el mismo Dios se muestra tan celoso, como, en efecto, algo más que multitudes organizadas de hombres armados designa, principalmente en los libros santos, este nombre de *ejército*. ¿No son soldados de Dios todas las criaturas, dispuestas á vengar las divinas ofensas á la primera señal de su Hacedor⁵? ¿No forman el más lúcido ejército las estrellas del cielo, del cual cantaban los Levitas: *El ejército del cielo te adora, oh Señor*⁶? Y ¡qué escuadrones

¹ Is. et Ier. passim.² Is. 51, 15.³ Ier. 46, 18; 48, 15; 50, 34; 51, 19. 57.⁴ Ubi supra.⁵ Sap. 5, 18.⁶ 2 Esdr. 9, 6.

tan numerosos de ángeles, qué legiones tan aguerridas de espíritus celestiales no pueblan los alcázares eternos de la ciudad de Dios? Doce batallones de este ejército y más habrían bajado del cielo para defender al Hijo de Dios, atacado por sus enemigos en el huerto de Getsemaní, si aquello hubiera sido menester para su gloria¹. Pues, si por todas partes, en lo alto de los cielos y en las profundidades del abismo, tiene Dios ejércitos innumerables para ostentación de su poder y venganza de sus agravios, ¿qué quiere decir «Señor de los ejércitos» sino Dueño y Soberano de todas las criaturas visibles é invisibles, *Rey de reyes y Señor de cuantos mandan*²? He aquí, pues, el atributo de que parece hacer Dios más cuenta, como que por él quiere ser conocido, adorado y respetado de sus criaturas racionales: *Dominus exercituum nomen meum*. Y con razón, porque, bien mirado, este nombre sublime sólo puede convenir á Aquél que, siendo Ser por sí mismo y necesario, es primer principio y causa suprema de todos los seres, que de nadie depende y de quien dependen todos³. La soberanía absoluta es atributo exclusivo de Dios; y sólo en el delirio de su insensato orgullo ha podido el hombre llamarse soberano en sentido absoluto, y proclamar la soberanía de su mísera razón.

2. Y, no obstante ser esto verdad, hermanos míos, otro es el atributo por el cual se revela Dios, en el progreso de las manifestaciones divinas, ya obscuramente á los Profetas de la Ley antigua, ya con inefable claridad á los creyentes de la nueva Ley: Ese es la santidad.

¹ Matth. 26, 53.² Apoc. 19, 6.³ Deus est Ens a se, Ens necessarium, prima causa, etc. — «Ego sum qui sum» (Ex. 3, 14). «Ego Dominus» (Ex. 10, 2).

Sanctus... Deus Sabaoth. No una, sino tres veces, llámase santo el Dios de los ejércitos. ¿Por qué sino para darnos á conocer el misterio escondido en esa revelación de la santidad de un Dios, el de su trinidad de Personas? Pues, como dice el Damasceno, «santo es el Padre, santo el Hijo, santo el Espíritu Santo», no siendo más que una la gloria de que están llenos los cielos y la tierra, como no es más que una la Divinidad¹. Tal es el grande é inefable misterio, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia católica, y, con ella, como hijos fieles y piadosos, los Hijos de la Santísima Trinidad, organizados en canónica asociación en esta capital.

3. ¿Qué os diré yo, amadísimos oyentes, para fomentar y acrecer, si cabe, vuestra devoción á tan augusto misterio? Ya podéis haber adivinado mi pensamiento por las observaciones que dejo emitidas: la Trinidad de Personas divinas no en vano suele llamarse *santísima*, pues éste es cabalmente el misterio de la santidad de Dios, y por ende, también lo es de las criaturas. Es, por tanto, el culto de la Trinidad eficazísimo medio de santificación. En efecto, en este augusto misterio encontramos el modelo, el principio y el término final de toda santidad. ¿Qué más necesitamos conocer acerca de verdad tan impenetrable como altísima? Dénos el Espíritu Santo, por intercesión de María, templo de la misma Trinidad, la luz de que hemos menester para aprovechar en esta escuela de santidad infinita. *Ave María.*

I.

4. ¿Quién no sabe, hermanos míos, que la santidad conviene por su misma esencia al Ser divino? ¡Cuántas

¹ *Io. Damascen.*, In Trisag.

veces no lo ha dicho Él mismo en la Escritura! *Dios soy yo, no hombre*, dice por Oseas; *santo soy en medio de ti*¹; y en el libro primero de los Reyes: *Non est sanctus, ut est Dominus*: No hay santo, como lo es el Señor². Pero no es eso sólo. Si Él es santo, también es modelo de santidad para los que somos capaces de ella por la naturaleza racional y por la gracia; y por eso intima á su pueblo en el antiguo y nuevo Testamento la ley de santidad, dándose á sí mismo por dechado: *Sancti estote, quia ego sanctus sum*³: *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial*⁴. Por otra parte la razón descubre con bastante claridad la necesidad de este atributo en Dios, á quien no puede concebir sino como un ser infinito en todas perfecciones é infinitamente perfecto; y ¿cómo lo sería, si cupiese en Él la menor sombra de imperfección moral ó de pecado? No solamente no la consiente en sí mismo el Sol purísimo de justicia, pero ni aun puede tolerarla delante de su rostro; como lo dice el Profeta: *No permanecerán los injustos delante de tus ojos*⁵. Pero, si esta verdad es de fácil alcance á la humana inteligencia esclarecida por la revelación, acaso no lo es tanto que el misterio de la Trinidad sea el modelo de nuestra santificación, por ser precisamente el misterio de la santidad divina. Éste es el punto que me propongo esclarecer.

5. Bastante lo dejan entrever las palabras del Trisagio seráfico, con las cuales á un mismo tiempo se glorifica la santidad de la esencia divina y la trinidad de las Personas, según la universal interpretación del texto de Isaías: *santo, santo, santo, el Señor de los*

¹ Os. 11, 9.

² 1 Reg. 2, 2.

³ Lev. 11, 44.

⁴ Matth. 5, 48.

⁵ Ps. 5, 6.

ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Pero no es difícil alcanzar, por medio del discurso, la razón de esta verdad. En efecto, basta considerar que la santidad consiste esencialmente en conocer y amar á Dios, no de otra suerte que la vida eterna, término lógico de aquélla. *Hæc est autem vita æterna*, decía el divino Maestro, *ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Iesum Christum*¹. Y no puede ser de otra manera, supuesto que la santidad en la criatura racional debe ser participación de la santidad divina, lo cual supone unión de la criatura con Dios, y esta unión espiritual no se concibe cómo puede hacerse sino por actos de entendimiento y voluntad que tengan al Ser divino por término y perfección. Dios, fuente de toda pureza, razón suprema de todo orden, no puede menos de purificar y santificar cuanto toca, cuanto llega á acercársele, y la criatura inteligente y libre se pone en contacto con Dios conociéndole y amándole, fijando en Él su mirada y dándole su corazón. *Ego dilecto meo, et ad me conversio eius*, decía la Esposa mística de los Cantares: *En el punto que me vuelvo hacia mi Amado, vuélvese él hacia mí*². El alma que busca á Dios, ya le tiene unido consigo, dice el ingenioso Padre San Agustín. Es imposible no ser santo en el acto mismo de anegarse y como perderse en el piélago de la santidad infinita por el conocimiento y el amor, y mucho más si este amor y este conocimiento son de orden sobrenatural ó tienen por principio al mismo Dios. La santidad, para decirlo en breve, no es otra cosa que la caridad, la cual destruye en el alma toda mancha, ordena todos los afectos y dispone todas las acciones al

¹ Io. 17, 3.² Cant. 7, 10.

Bien¹. Pero la caridad lleva consigo el conocimiento proporcionado del Bien infinito é infinitamente amable, y de esta manera santificanse á la vez todas las potencias, y hasta los sentidos mismos obedientes al movimiento del espíritu. *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*².

6. Ahora bien, mis amados hermanos, ¿qué es el misterio de la santísima Trinidad sino la revelación del modo substancial é impenetrable como Dios se conoce á sí mismo, y como á sí mismo se ama? Todo en el misterio de la Trinidad se reduce á conocimiento y amor de Dios por Dios; y, siendo así que en estos actos está la santidad formal, resulta ser éste el misterio de la santidad divina, y, por consiguiente, el modelo de la nuestra. *Sed santos, como yo lo soy*, conociéndome y amándome en la generación de mi Verbo y en la espiración de mi Espíritu. *Santo es el Señor en todas sus obras*³, dice el Salmista; pero con mayor razón (hablando á nuestro modo) lo será en aquel acto inmanente, necesario y eterno, en que consiste su misma vida; en el acto que no tiene otro teatro que la esencia misma de Dios. Tal es la operación ú operaciones divinas por las cuales se forman aquellas admirables relaciones subsistentes que se llaman las divinas Personas. Probemos de profundizar algún tanto en el secreto de Dios, ayudados de su omnipotente gracia. *In lumine tuo videbimus lumen*⁴.

7. En primer lugar es indudable que Dios se conoce á sí mismo, siendo inteligencia soberana y soberanamente inteligible. ¿Quién, como el Ser infinitamente per-

¹ Qui manet in charitate, in Deo manet (1 Io. 4, 16).² Ps. 83, 3.³ Ps. 144, 13.⁴ Ps. 35, 10.

fecto, tiene poder de conocer, digo mal, tiene el actual conocimiento de todo cuanto es conocible? Y ¿qué cosa más conocible que su mismo ser, puesto que ser y conocible se identifican? ¡Oh, y qué sublimes y qué santas no deben de ser estas contemplaciones, estas miradas fijas y profundas del entendimiento divino en el océano de su mismo ser! ¿Qué son las visiones extáticas en que se abisman los santos de la tierra, y la visión beatífica de los santos del cielo, y las miradas de águila de los más encumbrados serafines en comparación de esta vista serena y penetrante con que Dios sondea las profundidades del abismo infinito de su esencia, sólo medida por un entendimiento igual á sí? Pero como lo infinito no puede duplicarse, según es evidente, hermanos míos, no puede ser sino que el entendimiento divino y la divina esencia, esto es, el sujeto que conoce y el objeto conocido, sean una sola y misma cosa, no obstante la distinción real é indeleble que media entre el sujeto y el objeto del conocimiento. Aquí entrevéis sin duda, amados fieles, la distinción de las dos primeras Personas en la unidad de la esencia. Conócese, pues, Dios á sí mismo; y, al conocerse, no puede menos de formarse su propia imagen, pero ¡qué imagen tan perfecta! Todo el que conoce, siquiera sea imperfectamente como nosotros, se dibuja, ya en el sentido, ya en el entendimiento, como en un lienzo preparado al efecto, la imagen, semejanza ó idea de la cosa conocida: de otra suerte no podría tener lugar ese mismo acto que se llama conocer. Pero, no sólo se representa en la mente el dicho objeto, sino que el entendimiento, conociendo su propio acto, ó teniendo conciencia de lo que hace, se habla á sí mismo y se afirma el objeto que lleva impreso dentro de sí. He aquí la concepción

intelectual ó el concepto, especie de parto de la misma mente, en el cual ella se reproduce misteriosamente y como que se duplica, pues se habla á sí misma en esos diálogos interiores que el alma entabla consigo, no siendo en verdad sino una sola é indivisible. ¡Misterios son estos, hermanos míos, que encierra nuestro mismo ser, y de los cuales apenas sabemos darnos cuenta! Pues, ¡qué serán los misterios que encierra el Ser divino! No obstante, ya que el Creador, habiendo estampado en nuestra alma su imagen y semejanza¹, nos permite rastrear por este medio algo de lo que pasa en las intimidades de la Divinidad, sigamos discurriendo sobre la infinita perfección del conocimiento divino. Fórmase, pues, Dios la imagen de sí mismo; y, como sea esa imagen infinitamente perfecta, es igual al mismo que la forma, es consubstancial con él, es su Verbo ó Palabra con la cual se habla á sí mismo, se afirma y dice de sí cuanto tiene que decir, porque esta sola Palabra agota todo el vocabulario de las divinas perfecciones: y así, al formar su imagen, al conocerse Dios, engendra al Hijo eternamente, y es Padre de su misma substancia, traspasándola toda en su segunda Persona y quedándose con toda ella². *Ex utero ante luciferum genui te: De mi seno te engendré antes del lucero matutino*³. *Filius meus es tu, ego hodie genui te: Tú eres mi hijo, yo hoy te he engendrado*⁴. Como veis, mis amados oyentes, la razón de la generación eterna del Verbo, ó sea de la segunda Persona en Dios, radica en la naturaleza misma del conocer y en la perfección infinita del cono-

¹ Sap. 2, 23.

² Deus enim Pater æqualem sibi genuit Filium (S. Aug., tr. 26, n. 5, in Io.).

³ Ps. 109, 3.

⁴ Ps. 2, 7.

cimiento de Dios. Y, como la santidad y la perfección no son sino una misma cosa, conociéndose Dios en su Verbo, en su resplandor substancial, que dice el Apóstol¹, es no menos santo que adorable.

8. Santo y santísimo es Dios Padre y Dios Hijo amándose con amor infinito en la Persona del Espíritu Santo. En efecto, siendo Dios la misma bondad y conociéndose infinitamente, no puede dejar de amarse con un afecto proporcionado, tanto á la grandeza del objeto, como á la perfección del conocimiento, esto es, con amor infinito. Ahora bien, el amor infinito no puede ser sino Dios mismo, en cuanto término de su voluntad; luego el Espíritu Santo, que es este mismo amor, es Dios, siendo al mismo tiempo distinto del Amante de quien procede. Es, pues, una Persona divina consubstancial, pero distinta de las otras dos. Procede no sólo del Padre que ama, sino también del Hijo en quien el Padre se ama, en quien eternamente se contempla, porque el amor nace no solamente del sujeto que conoce el Bien y que lo aspira, sino también del conocimiento del mismo Bien. Y, como nada se ama que antes no se conozca, al conocimiento síguese el amor, la aspiración. De ahí es que, como enseña la verdadera fe de la Iglesia católica, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y recibe la gloria²; porque, como expone Santo Tomás³, el amor con que Dios está en su propia voluntad, el amor con que Dios se ama á sí mismo, preciso es que proceda, así del Verbo de Dios, como del Dios que engendra al Verbo. Pues, ¿qué cosa más

¹ Hebr. 1, 3.

² Symbol. Nic. et Constantinop.

³ S. Thom., S. th. 1, q. 27, a. 3.

santa y adorable que esta nueva procesión en la naturaleza divina? Ciertamente, ó no tenemos ningún concepto de lo que es la santidad en Dios, ó no es otra cosa que la vista con que se conoce y el amor con que se ama, la generación del Verbo y la espiración del Espíritu Santo. Todo lo demás que se refiere á las cosas puestas fuera del Ser divino, si bien resplandece con el brillo de la santidad, como de aquél de quien procede, es, sin embargo, secundario en el orden de la santidad divina, la cual existe y se manifiesta *ad intra*, en el seno mismo de la Divinidad. Mas ¿de qué modo, si modo puede llamarse lo que es sin modo, accidente ni medida, lo que es tan esencial y tan substancial como Dios mismo: de qué modo, digo, sino conociéndose Dios y amándose en el día siempre claro, siempre perenne é indeficiente de su eternidad? *¡Santo es el Señor*, y tres veces santo, como Padre que engendra, como Hijo engendrado y como Espíritu que procede del Padre y del Hijo por espiración de amor! Es, pues, el modelo, el ejemplar eterno é inmutable de toda santidad.

9. ¡Oh, si pudiésemos copiarle en alguna manera, siquiera tosca y borroneada, dentro del lienzo de nuestra alma! ¡Oh, si pudiésemos dibujar en nuestro corazón la imagen de la augusta Trinidad! Y ¿cómo sería esto posible? Escuchad, oyentes míos, y veréis que no debemos desmayar en tan hermosa empresa, juzgándola de todo punto impracticable. Esforcémonos por conocer á Dios; procuremos formarnos la idea más cabal y aproximadamente exacta de la alteza y perfección de su ser infinito y de sus atributos inefables, por las luces que Él mismo se ha dignado comunicarnos y con el auxilio de la atenta y devota consideración, y de este